

CANADOR

CATEGORIA C

ALVARO CARRASCO

JIMÉNEZ

Historia de  
una moneda  
maldita

**U**n sonido metálico en el suelo. Eso fue el comienzo de todo.

-¡Al ladrón!

Corría ya entre la multitud sin aliento, tratando de escapar de mi perseguidor, que se hallaba tratando de avanzar por la plaza. Sonreí para mí misma al escuchar de nuevo a lo lejos esas palabras. Gracias a Dios llevaba el pelo recogido y me confundieron con un hombre. Paré un momento a recuperar el aliento nada más dejar atrás la plaza, solo confiaba en llegar a casa con aquel trozo de metal que, una vez más, repito, fue el inicio de esta historia. Lo llevaba envuelto en un paño que me había regalado mi madre. Quité cuidadosamente el pañuelo y observé atentamente aquel objeto. Por su color parecía bastante antigua. Por la cara, logré distinguir un rostro masculino y además, tenía inscripciones en los bordes. Intenté leerlas:

"IMPGORDIANVSPIVSFELAVG".

Por la otra cara, había un grabado de una mujer apoyada en un bastón y más letras que no logré comprender.

Volví a introducirlo en el pañuelo y lo apreté con fuerza. Me prometí no hablar a nadie de esto y que encontraría información acerca de su procedencia. Me apresuré a llegar al castillo que teníamos como residencia: era la morada de los Prelados. Además, era mi segundo día aquí en Calahorra y tras haberme mis padres dejado visitar el pueblo por mí misma, no me hubiera gustado volver tarde.

- Buenos días, Madre.

- Muy buenos días, Leonor, ¿qué tal tu paseo por Calahorra? ¿Ha sido de tu agrado la ciudad en la que tu padre se coronó rey de Castilla?

- Bien, he visitado el mercado, y he vuelto a casa temprano porque nada era de mi interés y acalorada estaba con la multitud.

- Bien dices, hija. Por cierto, dado el hecho de que has venido antes de lo normal, comenzarás tus clases habituales ahora mismo. Ve al tus aposentos y yo llamaré al tutor.

- De acuerdo. Con vuestro permiso, me retiro.

Intenté parecer entusiasmada, aunque ya estaba harta de leer el libro de mi Abuelo, dada la excusa de que era de vital importancia. Aunque también es cierto que me agradó mi primera lectura de "El Conde Lucanor", el libro anteriormente mencionado.

Tan pronto como comenzaron, las clases finalizaron. En cuanto el tutor salió por la puerta, me llevé la mano al bolsillo de mi vestido. Saqué la moneda envuelta todavía en el pañuelo y la volví a guardar rápidamente pues escuché pasos de alguien acercándose a mis aposentos. La puerta se abrió de un golpe seco.

- Buenos días, Leonor. Traigo noticias.

- Buenos días, hermano. Buenas nuevas espero que sean, aunque por la prisa que llevas malas han de ser.

Mi hermano era el heredero legítimo a la corona. En aquel entonces tenía 16 años y ya era todo un hombre con cualidades para el liderazgo.

A continuación de decir esto se sentó junto a mí y explicó:

- No te equivocas, pues nuestro padre ha firmado un acuerdo de paz Carlos el Malo de Navarra, y como parte de ese acuerdo se ha concertado tu casamiento con su hijo, el infante Carlos. ¿No acabas de cumplir los 12?

- Así es, hermano. ¿¡Carlos de Navarra!? ¿¡No puede ser!? ¿Cuándo será la ceremonia?

- El año próximo, a finales de mayo.

- En fin, si no hay más remedio, haré lo que diga nuestro padre.

- Me retiro por ahora.

No me lo podía imaginar, ¡casarme con el infante de Navarra! ¡Mi padre debe de estar bromeando!

Me quité esa idea de la cabeza y comencé a investigar sobre el origen de la moneda. Me dirigí a la biblioteca, ya que nuestra residencia en Calahorra estaba provista de una. Tras dos largas horas de búsqueda, encontré un ejemplar titulado: "Monedas de la Antigüedad". Este tomo incluía un dibujo y una breve descripción de cada moneda. Había monedas griegas, romanas, celtíberas... Pero ninguna de ellas era similar a la que tenía yo. Dejé todos los libros que había ojeado en sus respectivos lugares y salí de la habitación. Me cogió por sorpresa mi hermana menor Juana, que no parecía tener un buen estado.

- ¿Qué te ocurre, querida hermana?

Su voz sonó muy débil y entrecortada:

- No me encuentro bien, por favor, acompáñame hasta madre.

Y así lo hice. Sin perder un segundo, la llevé en brazos hasta los aposentos de mi madre, quien se acercó rápidamente a comprobar su estado. Hizo llamar al médico y yo pedí permiso a mi madre para salir a visitar la ciudad en la que residíamos con la excusa de que no me había dado tiempo antes.

Mi madre cedió y salí con una única idea en la cabeza, ir al mercado para investigar sobre el trozo de metal. Eso sí, antes me cambié de vestido a uno blanco para no ser reconocida por el vendedor de quien era la moneda. Además me fui con remordimientos por dejar a mi hermana sola, y deseé que nada le ocurriera, le tenía un gran aprecio. Tras un corto camino, pues nuestra residencia se encontraba no muy lejos del mercado, ubicado en la plaza de la Catedral. Fui por todo el recorrido hasta llegar al puesto indicado. El puesto seguía igual, con más huecos sobre los que anteriormente hubo monedas. Encima de la tela roja que cubría la mesa de madera había dispuestas, en ocho hileras, cuarenta monedas similares a la mía. El joven comerciante se encontraba sentado en un sencillo cojín apoyado sobre el suelo.

- Buenas tardes, buen hombre.

- Buenos tardes, gentil dama, ¿os ha cautivado el brillo de mis monedas?

- No exactamente, me gustaría conocer el origen de estas curiosas monedas. – me acerqué más a las monedas y comprobé que en todas ellas rezaba la misma inscripción que en mi moneda: "IMPGORDIANVSPIVSFELAVG". Pregunté sobre ello: - ¿Qué dicen las inscripciones?

- Se tratan de monedas romanas. La traducción es "Cabeza de Gordiano Pío con laurea". Son originarias de Calahorra.

- ¿Calahorra estuvo bajo dominio romano? Debéis estar bromeando.

- En absoluto. Decidme, no sois de aquí, ¿cierto?

- Tan cierto como el Evangelio. Estoy pasando unos días con mi madre y mis hermanos aquí hasta que regrese mi padre.

- ¿Os gustaría conocer más a fondo la historia de este lugar? Si es así, no os preocupéis, pues será todo un honor enseñaros la ciudad.

Me sentí bastante mal, pues había robado a un noble hombre que me iba a ayudar en ese preciso instante, pero me tragué mis remordimientos y acepté con una sonrisa en la cara.

Acordamos en reunirnos al atardecer delante de la Catedral, y allí fui tras volver al castillo en el que residíamos a informarle de ello a mi madre y a comprobar el estado de mi hermana. Se encontraba en cama, con los ojos cerrados, aunque respiraba a duras penas. Intenté convencerle de que se recuperaría, y que le estaría apoyando. A continuación fui a mis aposentos a cambiarme de ropa. Para la ocasión elegí un vestido negro y me recogí el pelo,

- Veo que sois puntual, eso es importante en una dama. –dijo a modo de saludo el comerciante.

Respondí con una sonrisa - Decidme una cosa, ¿cómo os llamáis?

- Mi nombre no es otro sino Pedro.

- ¿Y qué edad tenéis?

- Ya son quince los años que tengo, ¿y vos?

- Leonor es mi nombre, y doce años tengo. Veo que tenéis buenos modales a pesar de vuestro oficio.

- Vastos conocimientos son necesarios para el oficio mío. – miró al suelo unos instantes como afligido y continuó. - Empezaremos por la parte romana de la ciudad. – Anduvimos hasta llegar a una de las puertas de la muralla. Llegados a ese punto, Pedro comenzó a explicar. – Estas murallas fueron construidos por los romanos, están compuestas por piedra tallada y cantos rodados. En aquella época la muralla contaba con cuatro puertas: la Puerta del Postigo, la Puerta del Planillo de San Andrés, la Puerta de Juan Ramos y la Puerta Vieja. Además, se encontraba jalonada por torreones, estando cada uno separado de otros por unos setenta metros. Hoy en día las puertas son más: hay ocho en total. Ahora mismo nos encontramos bajo la Puerta de las Eras de Abajo, que es la más cercana a la Catedral.

- Parecéis dominar el tema a la perfección. ¿Cómo habéis aprendido todo eso?

- Yo solo observo y describo lo que veo. – respondió con una sonrisa.

- Bien, continuemos.

Recorrimos la ciudad de punta a punta y acabamos frente a unas ruinas.

- Esto podría pertenecer a un teatro romano, dadas sus dimensiones alargadas. Aquí se realizaban posiblemente carreras de cuadrigas y caballos. Las paredes son de argamasa y ladrillo cocido, es decir, muy gruesas, posiblemente para celebrar naumaquia, o simulacros de batallas navales.

- Me impresionáis cada vez más con vuestros conocimientos sobre esta ciudad con tanta historia.

- Ya llegamos al fin de la visita, falta por ver el acueducto. Fue sin duda una construcción colosal; traía el agua hasta la ciudad.

- No os molestéis, la visita ya ha sido bastante larga y no quiero robaros más tiempo. Pero eso sí, ya que habéis hecho esto por mí, yo debo seros honesta. – Metí la mano en mi bolsillo y saqué el pañuelo con la moneda que seguía igual que antes. Quité la tela para que fuese visible el trozo de metal de su interior y lo enseñé a Pedro. – Yo fui quien os robó esta mañana, mas quiero pedir os disculpas.

- N-no p-pu-puede ser. – Balbuceó Pedro mirando aterrorizado aquella moneda. – ¡Esa moneda está maldita! – Yo jamás tuve un Sestercio Gordiano III Reverso Securitasperpetu SC. ¿De dónde lo habéis cogido!?

- Yo oí el repiqueteo de la moneda al caer al suelo y la recogí, pero llevo todo el día pensando que es vuestra. Yo no sabía que estaba maldita.

- ¡Tíradla ahora mismo lo más lejos posible! ¡Libraos de ella rápido!  
¡Rápido!

Agarré con todas mis fuerzas la moneda y la tiré al río. De repente reparé que era de noche y tenía que volver a casa.

- Siento haberos hecho perder el tiempo – me disculpé.

- No os preocupéis ahora por eso, Tengo un presentimiento de que os aguardan problemas mayores. Rápido, id a casa. Mañana me podréis encontrar en el mercado. ¡Daos prisa!

Corrí todo lo que pude atravesando las calles de aquella ciudad casi a tientas, recordando el camino que había tomado con Pedro. Sin saber cómo, llegué al castillo. Lo vislumbré a lo lejos. Su silueta se recortaba en la luna y sus torres hendían sus puntas en la oscuridad total. Abrí la puerta temiéndome lo peor y mi hermano me dio la nueva: Juana había fallecido. Rápidamente me dirigí a sus aposentos. Mi madre estaba de rodillas junto a su cama y mi hermano, en el umbral de la puerta, expectante. Me acerqué a ella y le acaricié la mejilla. Estaba tan bella como siempre. Comencé a llorar por dentro, pero mi desesperación aumentó al ver en la cómoda de mi difunta hermana un objeto circular, que brillaba tenuemente en la oscuridad.

Definitivamente aquello estaba maldito.

Nunca olvidaré aquel día y, aunque el lector seguramente lo haya ignorado, como he mencionado con anterioridad, elegí el vestido perfecto para la ocasión: el negro.

Un año después de la tragedia, me casé con mi prometido y la moneda siguió conmigo, trayéndome más desgracias. En cuanto a Pedro, le sugerí a mi padre, Enrique II de Castilla, más conocido en esta zona como "El de las Mercedes" que fuera su consejero, dada su sabiduría. Aunque yo no pude serlo, al menos hice feliz a alguien.